



MERCADO DE BARCELÓ (MADRID)

## La prueba

LUCAS FERNÁNDEZ

**E**ste sábado tengo por fin claro que ella es la mujer de mi vida. No sólo responde a las expectativas que tengo desde hace mucho tiempo, no sólo es encantadora y atractiva, sino que ha pasado la prueba con éxito y sin indicios de repulsa. El que no haya considerado mi comportamiento como patológico, que lo acepte sin preguntas, como algo normal, me produce una excitación interior difícil de catalogar.

Estoy como en una nube, pero a la vez tengo miedo por lo bien que ha ido todo. Es la primera vez que pasa algo así y el hecho de que Marta parezca totalmente equilibrada en todos los aspectos, no me termina de encajar. Aunque confío en lo contrario, secretamente siempre he creído que alguien que pase la prueba con tanta soltura como ella, alguien que la haya asumido sin pestañear y sin ponerme en evidencia, tiene que tener sus rarezas. Al fin y al cabo, soy consciente de lo extraño de mi comportamiento (sólo en este campo), pero para mí tiene todo el sentido, es una parte propia que no puedo evitar.

No sé exactamente cómo fui adquiriendo esta extraña costumbre (extraña para los demás). Creo que fue un producto del azar, reafirmado después por una clara decisión. A finales de los años 80, yo vivía mi vida como corresponde a un joven de provincias recién instalado en Madrid. Con un trabajo un tanto precario, pero con mucha energía. Vivía en el cogollo de la ya entonces casi extinta 'movida madrileña', en Malasaña, o como les gusta llamarlo a los viejos habitantes de esta zona céntrica, en el Barrio de Maravillas. Compartía piso con otros compa-



ñeros tan jóvenes y algo desmadrados como yo. Como es normal en esos años, las salidas nocturnas, el trasnoche y la búsqueda de emociones entonces relativamente fuertes era habitual en nuestras vidas. Y también las mujeres. No quiero decir que fueran tan habituales, que cada noche estuviéramos con una, lo habitual es que siempre lo intentáramos, aunque sin tanta fortuna como confiábamos.

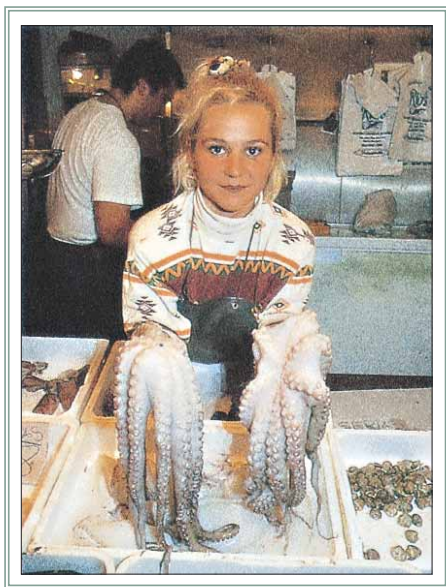
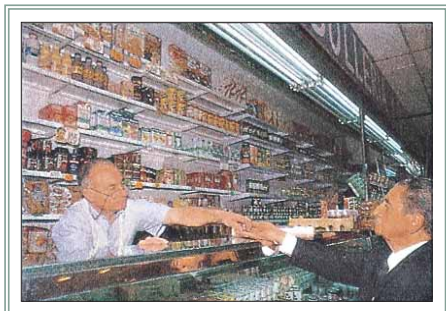
Eran malos tiempos para el ligue, con el sida y todo ese rollo. La 'movida' había degenerado de fenómeno cultural a embriagados fenómenos, que todavía rondaban las calles. Pero no todo era negativo: todavía un grupo de jóvenes que habíamos llegado al rebufo de todas aquellas supuestas maravillas, tanto chicos como chicas, estábamos, en definitiva, dispuestos a pasarlo bien. Yo conseguí unas cuantas buenas novias, pero no me solían durar mucho. No sé lo que fallaba, supongo que todo se debía a la insatisfacción permanente de la juventud o lo que hoy traduciría como "ganas de experimentar y falta de madurez", todo junto. No obstante, entonces no aceptaba que las rupturas fueran consecuencia de mi propia forma de afrontar las relaciones, sino que me parecía algo más oculto, la incompatibilidad de caracteres o los cambiantes deseos de ellas.

El caso es que cuando perdí a la tercera, que me abandonó por un aspirante a abogado del Estado muy serio, me empecé a preocupar por el tema. Era incapaz de mantener mucho tiempo una mujer a mi lado. Tampoco es que quisiera atarme a nadie, pero el hecho de que indefectiblemente fueran ellas las que me abandonaran empezó a tocarme el ego. Mis compañeros de piso me consolaban con comentarios poco sutiles y bastante machistas, poniendo en evidencia los defectos físicos de la chica en cuestión y en alguna ocasión hasta criticando su falta de simpatía o inteligencia.

Cuando la cuarta novia que conoció mi destartalado piso de la calle de la Madera me dejó sin explicaciones a las dos semanas de conocernos, decidí pasar a la acción (además, aquella chica me gustaba mucho, era concertista, 23 años, etcétera...). Tenía que buscar una prueba que me facilitara un indicio bastante seguro si la nueva aspirante me iba a durar. Si no la pasaba, me dedicaría a disfrutar del momento y cuando me aburriera, yo mismo les podría dar esquinazo sin temor a equivocarme, porque ya sabría que tarde o temprano lo nuestro se iba a acabar.

Pensé mucho en aquella época. No es fácil encontrar la clave para asegurarte el futuro sentimental. Incluso llamé a un par de despachos de psicólogos y a uno le convencí para que, previo pago, me pasara un test de afinidades sentimentales. Claro que aquello era difícil de aplicar. Si le entregaba el test a la candidata, ésta no sólo sabría de mis intenciones, sino que seguro me miraría creyéndome loco y huiría más rápido todavía. Si intentaba sonsacarle las respuestas del test como el que no quiere la cosa, me consideraría un aburrido, un metomentodo o un idiota, y también se iría.

Pasé tres meses sin volver a estar con nadie, aturdido ante el callejón sin aparente salida que yo mismo me había construido. Mis amigos estaban preocupados y se esforzaban en presentarme a ex novias suyas y otras amigas. Tanto se entregaron a la causa que por fin lo consiguieron y comencé a salir con una de ellas. A Carla le debo mucho. Fue ella la que inconscientemente



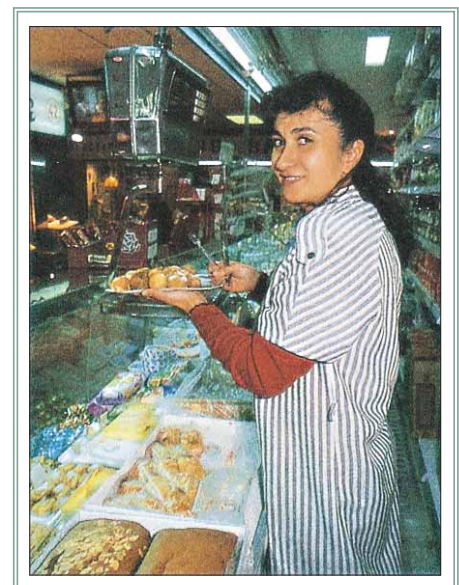
me hizo ver la solución para todos mis dilemas, y por eso me esfuerzo en mantener el contacto con ella, aunque no le he contado ni le contaré lo de la prueba.

Habíamos salido Carla y yo la noche del viernes hasta altas horas de la madrugada. Ella, como muchas de mis otras novias, se quedó a dormir en casa. Normalmente, eran ellas las que se quedaban, ya no sólo por compartir una intimidad que en la suya no podían tener, sino por motivos prácticos, para evitar coger un taxi o desplazarte a otra zona lejana de Madrid. Nos levantamos, como casi siempre que salíamos los viernes, muy tarde, aunque no más allá de la una: yo tenía que hacer la compra y el mercado no abre los sábados por la tarde. Como trabajaba durante toda la semana mañana y tarde, era el único día disponible para proveerme de víveres para la semana. Así es que, algo resacoso, me levanté, hice café y le pregunté a Carla si me quería acompañar. Era una pregunta sin intencionalidad concreta más allá de su propio enunciado y tampoco esperaba una respuesta positiva, pero ella se había levantado de muy buen humor y dijo sí.

El parque colindante al Mercado de Barceló no presenta los sábados por la mañana su mejor cara. Botellas rotas, vasos de plásticos usados, olor a vomitona y orines... El resultado de toda una noche de excesos de los chavales más jóvenes, sin suficiente dinero todavía para ir a los bares. Pero a Carla no parecía afectarle. Tiraba de mi mano con alegría y hasta de vez en cuando me hacía dar una carrerita, como para demostrarle al mundo lo felices que éramos. Sin embargo, este panorama ideal cambió cuando llegamos a la puerta del mercado, enfrente de la discoteca Pachá.

Cuando se abrió la puerta automática que da a las escaleras que permiten el acceso a las dos plantas del edificio, la cara de Carla cambió. No sé si fue el bullicio, la gran cantidad de mujeres de mediana edad con los carritos, el olor a carne-pescado-fruta todo mezclado a la luz fría de los tubos fluorescentes. Nunca me dijo qué pasó, aunque le pregunté más tarde varias veces. Su actitud en el mercado fue extraña, se dejó llevar como una zombi. Ya no me cogía la mano, simplemente miraba amargada, esperando impaciente que yo acabara de pedir la fruta o el pescado. Cuando salimos se mantuvo de mal humor durante bastante rato. Para mí fue una evidencia: Carla me abandonaría pronto.

Ya tenía la prueba que necesitaba. Al principio me pareció un poco mezquino por mi parte y hasta machista utilizar una visita a un mercado, al Mercado de Barceló que tan bien conocía, para conocer la supuesta idoneidad de la chica que me acompañaba. Pero cuanto más trataba de quitarme la idea de la cabeza, más se iba reforzando en mí la decisión que iba a tomar. Por qué iba a ser mezquino, si otros basaban su decisión únicamente en el físico, el dinero de la candidata, su actuación en la cama o en sentirse acompañado frente a un mundo hostil. Al fin y al cabo, lo que yo había urdido implicaba mucho más. Para mí, el mercado es una pequeña reproducción de las relaciones humanas, con todos sus sentimientos, defectos y virtudes.



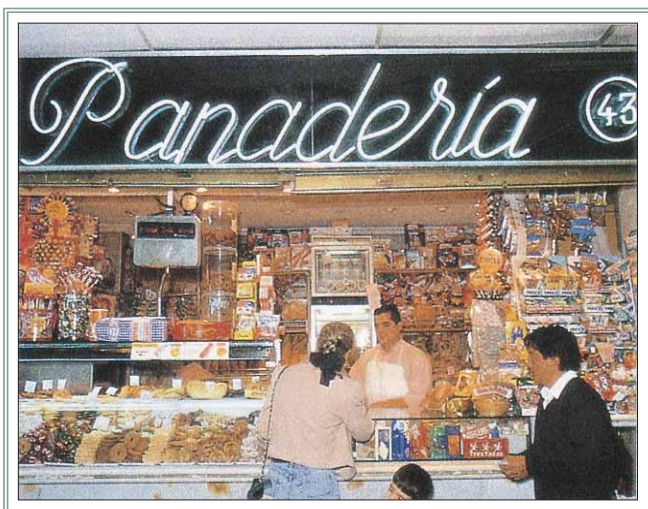
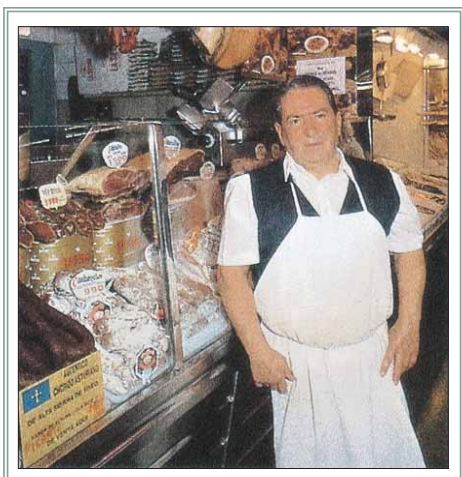
El hecho de comprar no sólo significa comprar, significa seleccionar y rechazar, interactuar con otro/otros, dar tu dinero a cambio de algo y comprobar, generalmente cuando llegas a casa, si lo que has elegido se corresponde a las expectativas creadas. Todo ello con una libertad condicionada, como en la mayoría de las cosas que uno hace en la vida. Condicionada por tu nivel económico, por tu capacidad para saber llegar a los demás y conseguir lo que quieres, por tus conocimientos y por tu sabiduría para detectar el engaño y la verdad. Condicionada por el que tienes enfrente también. Comprar en un mercado es una relación a largo plazo, en la que hay que saber perder hoy para ganar mañana, ceder cuando es necesario para exigir después.

El Mercado de Barceló reunía las características perfectas para llevar a cabo mi propósito. No es tan grande que no te permita ser reconocido por quien tú quieres que te reconozca, ni tan pequeño que te obligue a ir siempre a los mismos sitios. Aún así, yo soy incondicional de unos pocos puestos, precisamente porque se ha creado entre nosotros una conexión que va más allá del puro intercambio mercantil. La familia Sánchez, que regenta un puesto de verduras y frutas, es una de mis principales referencias los sábados. Normalmente me despacha la hermana mayor o su cuñada, ambas igual de regordetas y dicharacheras. Casi siempre las pillo comiéndose un bocata, ya que a las horas que suelo ir, cerca de las dos de la tarde, tienen pocos clientes y el hambre acumulado durante toda

la mañana se hace sentir. En principio yo elegí comprar allí porque es barato, no demasiado concurrido, y un poco caótico. El puesto, alargado en exceso y con forma de L, se presta a continuas luchas entre las mujeres, ante la dificultad de saber exactamente dónde hay que colocarse para que te atiendan. Afortunadamente, todavía no les ha dado por colocar un aparato electrónico que marca los números, de esos que campan a sus anchas por algunos fríos supermercados.

Poco a poco, ellas empezaron a interesarse por mí. Y yo fui testigo de sus respectivos embarazos y conocí a sus nuevos hijos. Nunca me han preguntado directamente por mi vida sentimental, aunque deben de intuir que es un tanto desordenada, ya que en alguna ocasión antes de comenzar a realizar la prueba, y después ya mucho más, he ido acompañado de mis novias del momento.

También están Manolo el pescadero y Antonio el carnicero. Manolo, de unos 33 años, cada sábado me cuenta, aún más resacoso que yo, su juerga de la noche anterior. Los ojos rojos por el alcohol ingerido y una sospechosa falta de equilibrio no le impiden mantener un humor permanente, riéndose de las puntillasas peticiones de las mujeres, quienes a su vez para picarle le recriminan sus excesos nocturnos. Él, haciendo caso omiso a todo lo que no sea su propia chanza, limpia boquerones, descabeza merluzas y repite con voz cantarina lo que cada uno de sus clientes le va pidiendo, mientras me guiña continuamente un ojo cómplice. Por su parte, Anto-

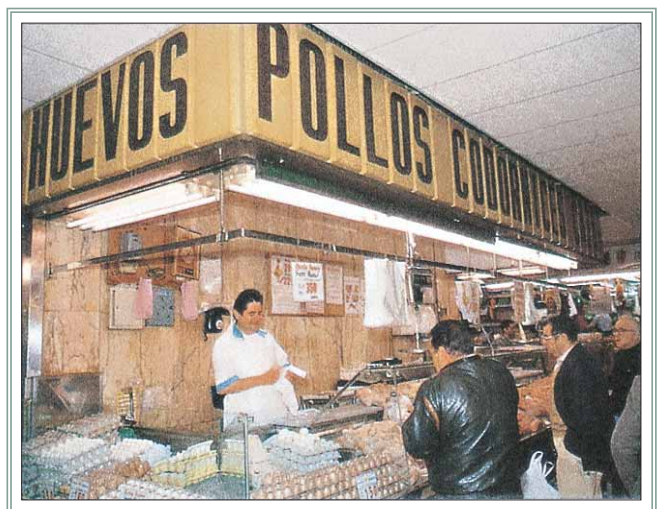


nio, con el que mantengo una relación más distante, recuerda como buen comerciante la forma exacta en que me gusta que corte la carne y por supuesto la pieza de la que habitualmente me llevo los filetes.

Yo quiero que la que sea mi novia comparta todo eso conmigo, que pueda divertirse como a mí, que participe en el juego de la compra/venta, en esa breve relación entre tendero y cliente, que puede deparar en la ira, alegría, desencanto o satisfacción de cualquiera de los dos. También, no voy a negarlo, que aguante conmigo las a veces insufribles colas (y más con resaca) y los intentos de colarse de algunas. No es una cuestión egoísta, nunca se me ha pasado por la cabeza que me sustituya en una tarea que algunos pueden considerar de puro trámite, quiero que me sugiera platos para realizar juntos, o elegir, para darnos un homenaje, entre carne o pescado. Quiero, en definitiva, que esté allí, igual que estuvo conmigo la noche anterior en el bar que cierra más tarde de Malasaña.

Lo que me convenció de una vez por todas de la idoneidad de la prueba fue el pensar en las relaciones de mis novias anteriores con el mercado. Me di cuenta que la mayoría de ellas habían realizado también la prueba, aunque no fuera consciente de ello. Andrea creo que fue la primera. Una chica muy joven, dinámica y morbosa. La convencí a duras penas para que me acompañara, prometiéndole tomar el aperitivo después de comprar. Llegar hasta el mercado ya fue duro, pues ella hacía el gesto de entrar en cada bar que nos íbamos encontrando. Ya en el interior, no paró a mi lado ni un momento. Se distraía mirando las cacerolas y los cuchillos en la tienda del afilador de la esquina, entraba en la peluquería de la planta baja y preguntaba los precios, o se iba a una especie de tienda "Todo a 100", con multitud de baratijas decorativas para la casa. No quería saber nada de lechugas, chuletones o chicharros. Lo peor es que cuando yo cambiaba de puesto, tenía que buscarla por todo el mercado y rescatarla de donde se hubiera metido. Ella era así, no podía estar en una sola cosa más de un minuto, parecía todavía un pequeño cachorro descubriendo el mundo. Yo ya intuía que su primera visita al mercado había sido la última, pues lo había agotado de tal forma que ya poco le interesaría la próxima vez. Algo así le pasó conmigo, su breve paso en mi vida fue suficiente para colmar todas sus aspiraciones.

A la mayoría de las chicas les extrañaba mucho la pasión que yo ponía en levantarme temprano (para las horas que nos acostábamos) y acudir a mi cita semanal al mercado, cuando la mayor parte de los chicos de mi edad se conformaban con mantener la nevera con unos litros de leche, pan de molde, margarina y cubitos de hielo para las copas. Ahora que lo analizo más despacio, creo que hay motivos más profundos en esta obsesión que el que yo sea una persona a la que le gusta hacer su propia comida. Por un lado, la sensación de sentirte en casa. No soy glotón, ni siquiera estoy relleno, pero me fastidia



sobremano la decepción que supone buscar un alimento y no poder disfrutarlo debido a su ausencia. Por no decir, además, el sentimiento de provisionalidad que origina. (Esta manía mía me provocó al principio algunos problemas con mis compañeros de piso, acostumbrados a conservar en el frigorífico poco más de los alimentos que antes he mencionado, quienes descubrieron en mis viandas la posibilidad de ahorrarse

tener que bajar a la calle por un bocadillo para cenar. No les prohibí que tocaran mis cosas, pero sí les insistí en que si lo hacían, tuvieran el detalle de dejarme una cantidad proporcional a la que se iban a zampar).

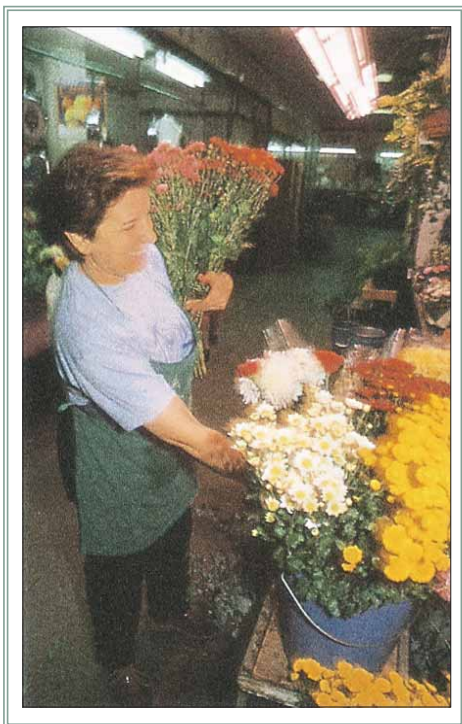
Por otro lado, siempre me han obsesionado los mercados. En cada viaje que he realizado, incluso cuando me he desplazado dentro de España, he intentado visitar algún mercado o mercadillo de la ciudad en cuestión. Me parece uno de los métodos más rápidos para conocer la cultura de la gente. Los anglosajones, por ejemplo, se caracterizan por su orden. Todo está muy bien señalizado, con carteles explicativos muy claros y cada uno, cliente y comerciante,

desempeñan su papel con decisión. Cada uno atiende a su rol en el juego del comercio como indican bien sus atuendos. Los carniceros ingleses no tienen nada que envidiar por su indumentaria a los dependientes de 'nuestro' cortinglés y la exhibición de sus productos, primorosamente presentados, bien merece la pena una parada. En cambio, los mercados mediterráneos son más destartados (con maravillosas excepciones, por supuesto), y existe mayor confianza entre tendero y comprador, lo que lleva en ocasiones a algunos malentendidos. Los portugueses me llaman la atención por su forma de presentar el pescado, menos artificiosa que la nuestra, como indicando "aquí está mi mejor producto, y no necesita nada más". Y los pocos que he conocido en Centroamérica descubren con sus extrañas frutas y verduras, casi siempre en cestas o desparramadas por el suelo, la diferencia de su clima y de sus tierras, mientras que la presentación de sus carnes no invita demasiado al consumo para nuestros occidentales ojos.

Esta visión, que yo he adquirido con seguridad por la observación de mis mayores, obsesionados después de una guerra por llevarse a casa la mayor cantidad de producto al menor precio, creo que no es demasiado compartida por las chicas de 20 años ni de ahora ni de mis tiempos de Malasaña. Ni siquiera por las de 30. Casi no veo chicas jóvenes comprando en los mercados de Madrid y si aparecen van con su madre, evidentemente cumpliendo una obligación familiar. Esto lo descubrí cuando pensé en que quizás,

para cumplir mejor mis propósitos, sería mejor buscar directamente a la chica aspirante a compartir mi vida en el mercado y así podría eximirme a mí mismo del duro paso de realizar la prueba. Claro que yo no contaba con la dificultad para aplicar este plan, que intenté durante un par de semanas. Ligar con alguien que está pendiente de discernir primero qué se lleva a casa y segundo de que le den exactamente lo que quiere y no lo que quiere el tendero, es bastante complicado.

No es que no encontrara chicas, que alguna sí encontré, una vez eliminadas las que iban con su madre, con un hijo pequeño o con el anillo de recién casada. Lo que no encontraba era la forma de declararle mis intenciones amorosas sin que me consideraran un sátiro o un comple-



to pirado. Al principio probé, aunque nunca he sido sobón, a aprovechar los coros de mujeres que se concentran frente a los puestos para hacerle saber sutilmente a mi elegida la primaria naturaleza de mis deseos. Esta táctica no tuvo éxito. Tras acumular varias rencorosas miradas, que yo siempre apaciguaba con un “perdone”, me encontré que una de las chicas respondió tan bien a mis requerimientos que sin saber cómo ambos nos encontramos metidos en mi cama, olvidados de la compra semanal. Resultó ser una salaz desposada, que cuando empezó a oírme hablar de proyectos en común, salió disparada del lecho, recogiendo atropelladamente la ropa que tan decorativamente había desperdigado por mi cuarto.

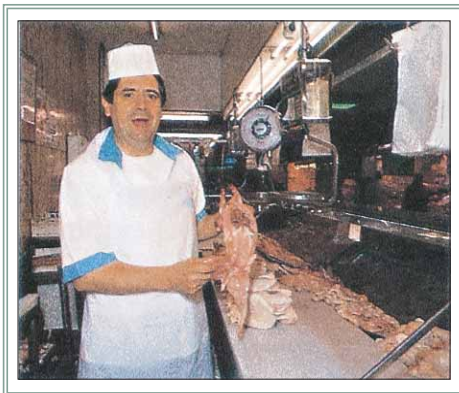
Como este intento fracasó (en lo que se refiere a conseguir una compañera, quizás pudiera haber tenido una amante estable), recurrí a mi amigo Manolo el pescadero, al que delante de un café le comenté mi dificultad para conseguir mujeres últimamente. Le insinué que él, que trataba a diario con ellas, quizás conociera alguna que me podría interesar. Él se rió afablemente y, agarrándome el brazo, me hizo prometer que no iba a contar lo que luego me dijo: que en el mercado no se comía una rosca y todo era por el olor, porque a las mujeres el olor a pescado no les parece viril; que sus conquistas las hacía en discotecas de las ciudades dormitorio, que es donde más se liga; y que él nunca decía que tenía una pescadería, sino un negocio propio y que así le iba muy bien. Luego se ofreció a presentarme a alguna de sus amigas, y yo le di largas como pude.

Entonces, me di cuenta que la mayoría de chicas jóvenes que viven con sus progenitores, dejan que sea su mamá la que se ocupe de las tareas domésticas, mientras que aquellas modernas liberadas prefieren ir a los hipermercados, esos sitios tan luminosos y uniformes, donde uno va adquiriendo las cualidades necesarias para ser padre o madre empujando un carrito. Así me lo había hecho saber mi tercera novia de la calle Madera, esa que me dejó por el abogado del Estado, esa de cuyo nombre no quiero acordarme. Aunque le hizo gracia el aspecto destartado de mi piso, compartir su vida con alguien tan caótico, poco moderno y nulamente motorizado (no tenía coche entonces), está claro que no era su ideal para mucho tiempo. Cuando me siguió –que no acompañó– a la visita al mercado, se quejó de la oscuridad de la planta baja, donde yo compraba, así como del dominante olor a pescado existente. Respecto a los puestos donde yo acostumbraba a ir, también hizo comentarios tales como “¡qué ordinario resulta despachar con la boca llena!”, en alusión al acostumbrado bocadillo de mis amigas las verduleras, o “no sé como estas mujeres aguantan a este pescadero”, refiriéndose a Manolo.

El fracaso de la segunda parte de mi plan, me hizo volver ya a ciencia cierta a mi programa originario. La prueba entonces se aplicó con calculado método a bastantes candidatas más, casi siempre con resultado negativo. Para que todo fuera bien, me había propuesto no forzar nunca la voluntad de la candidata, es decir, no obligarla a acudir al mercado a cualquier precio. Calculaba que la escasez de sueño, la excesiva bebida de la noche anterior u otros factores, podrían hacer que la chica no reaccionara conforme a su verdadera naturaleza, sino a su catas-



## MERCADOS/LITERATURAS



sus ojos azul cobalto. Luego demostró ser espontánea y alegre, pero a la vez muy sensible. Desde el primer momento, trabamos una larga conversación, pese a haber nacido ella en Inglaterra y tener una cultura totalmente distinta. Esto último más que un inconveniente era una ventaja, porque nos permitía a los dos adquirir otras visiones de la vida. Nuestra relación era un intercambio continuo, y jugábamos a analizar una determinada situación y ver en qué cambiaría en el país del otro.

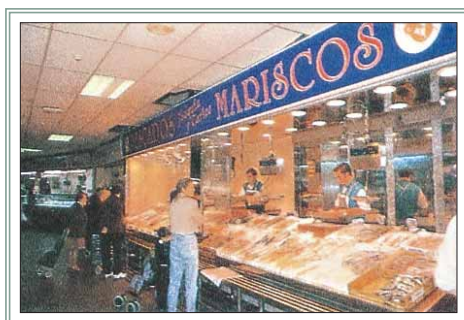
Yo estaba un poco desconcertado. Esta relación no tenía nada que ver con las anteriores. No es que fuera mejor ni peor (bueno, mejor que muchas sí), era diferente. Había comunicación, aunque quizás faltaba complicidad. Nos entendíamos y respetábamos, ávidos ambos por conocer aspectos nuevos, pero nunca llegábamos al punto de conexión necesario, ese en que las

visiones personales se solapan, aunque sean ligeramente. Por todo ello, y por la distancia cultural, me resistía a hacerle la prueba a Susan. No sólo es que creía que no la iba a pasar, sino es que estimaba que a ella no le podía exigir las mismas condiciones que al resto. Estuve varias semanas sin apenas aprovisionarme de alimentos, salvo los que podía conseguir en un supermercado cercano que cerraba tarde, cosa que no extrañó para nada a Susan, acostumbrada como estaba a vivir de bocadillos y comidas ajenas.

Por fin, un día le dije lo más naturalmente que pude que tenía que ir al mercado. No contestó, pendiente sin duda de otros pensamientos. Le insistí:

- ¿Quieres acompañarme?
- ¿Adónde?
- Al mercado, a comprar.
- Bueno.

La visita al mercado fue, como mi relación con ella, desconcertante. No le aburría, al contrario, miraba todo con curiosidad. Tampoco me habló casi nada, salvo para interesarse por el nombre de algún pesca-



do que le llamó la atención. Parecía que lo que más le asombraba era verme comprando entre aquellas mujeres, y las instrucciones precisas que les daba a los tenderos. Cuando salíamos me preguntó si le iba a preparar algo especial para comer y se prestó a ayudarme con las bolsas.

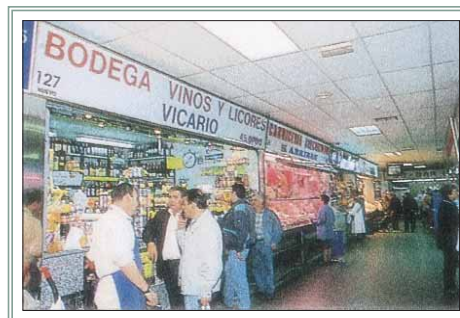
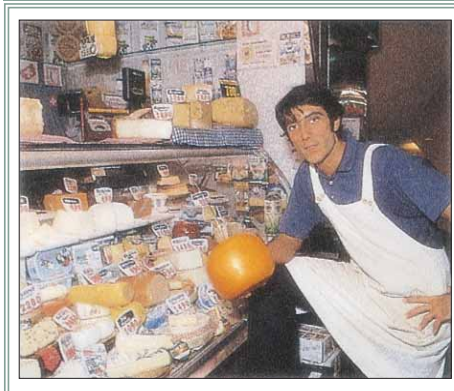
La experiencia me pareció un buen comienzo, sobre todo para Susan. Luego, yo me instalé en el papel de profesor y me empeñé en que supiera lo mismo que yo del mercado. A partir de entonces, no fallábamos ni un sábado. Ella no oponía resistencia, pero tampoco parecía entender el interés que de repente me había dado por aquel sitio. Yo le contaba mis remotas teorías, como por ejemplo, que los puestos del piso inferior del mercado, el del sótano, son más baratos y populares porque la planta superior siempre ha representado a las clases más pudientes; de hecho, todos los monumentos tienden hacia las alturas como una señal de grandeza y poder, los restaurantes más caros suelen estar anteceditos por una amplia escalera, y los más pobres siempre han vivido en España en sótanos y pisos bajos.

Asimismo, le explicaba prácticamente la noción “cocina de mercado”, tan extendida y reputada en muchos restaurantes. Aunque los invernaderos actuales nos permiten disfrutar en nuestras mesas de algunos productos durante todo el año, yo tendía siempre a adquirir los de temporada, que por cierto son los que más se ajustan al bolsillo (algo que parecen olvidar los mencionados restaurantes). Los tomates en sazón, durante el verano y principios del otoño, rojos y duros, despreciando ese empeño de algunas amas de casa de comprarlos verdes como pepinos. Los melones, mejor a finales del verano, que huelan y, sobre todo, que pesen. Las verduras de invierno, como la coliflor, la col o la lombarda, prietas y en su época. Los boquerones y las sardinas, superiores con la cabeza brillante y plateada que inundada en sangre. La carne de ternera, roja y bien asentada...

Los meses fueron pasando y yo seguía con mi retahíla semanal de los sábados. La relación con Susan se mantenía, sin embargo la falta de conexión que antes he aludido se hacía más patente. Yo pensaba que nuestras charlas en el mercado y fuera de él nos acercarían, pero éramos dos mundos diferentes. Susan se esforzaba, quizás demasiado, y aún así no lograba asimilar el mundo que yo le proponía. Por mi parte, todas las precauciones que mantuve con ella al principio las agoté de golpe y tras las primeras visitas al mercado, me empeñé en hacer de ella algo que no era. Me convertí, aunque nunca lo he sido manifiestamente, en el español más español de los españoles y ella también tuvo que tragar con eso, con mis desplantes y chulerías. Cerré mi mundo al de ella y no le dejé ni un ápice de cabida. Sin darme cuenta, conseguí ser todo lo que me había propuesto no ser. Por fin, un sábado me dijo que no iba conmigo al mercado ni a ninguna parte más.

Pero esta vez es diferente. Ha pasado mucho tiempo de aquello, han pasado más mujeres por mi vida y ya no soy tan joven ni tan marchoso. Marta ha entendido mi mensaje y yo estoy dispuesto a entender el suyo. Aquí estamos los dos sentados en el parque de Barceló, las bolsas de las compras a nuestros pies, no lejos de donde se despa-

## MERCADOS/LITERATURAS



raman los vidrios de las litronas. Ella se ha mareado tras salir del mercado y me ha pedido que nos sentáramos un poco. Aquí, en silencio, acariciando su cabeza, reclinada sobre mi hombro, me siento tan feliz que no puedo dejar de recordar las cosas por las que he pasado para llegar a este punto.

Estoy tan ensimismado que casi me había olvidado de las curvas de su cuerpo en la noche que ayer disfrutamos. Es tan buena en la cama que no me podía ni imaginar su reacción de hoy en el mercado. Desde el principio ha sido todo perfecto, lo cual no me parecía un buen augurio. Cuando salimos de casa, con ella me he atrevido a más que con ninguna, porque pensaba que lo tenía todo perdido. Le he dicho: “ahora vamos a hacer algo importante”. Como respuesta, he sentido su mano un poco fría en la mía. Después, siempre a mí lado, escudriñando los puestos y marcándome sutilmente el producto adecuado. “Por qué no llevas bacalao fresco, que tiene muy buen aspecto”, o “me encantan las fresas con nata”, ha dicho, y yo le he sonreído boquiabierto.

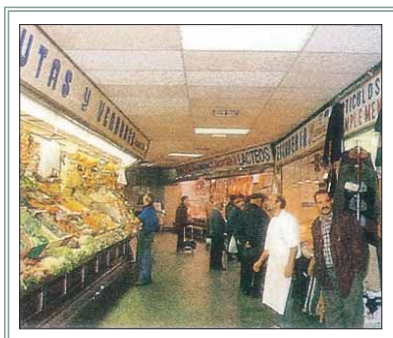
Aunque no quiero romper este momento mágico, no tengo más remedio que preguntárselo:

–¿Te ha gustado el mercado?

–¿El mercado? A mí quien me gusta eres tú. Yo de los mercados estoy un poco harta. Desde los siete años he acompañado a mi madre a la compra todos los sábados. Pero hoy me he dado cuenta que tú eres el hombre perfecto para mí. Sabes comprar tan bien o mejor que yo, así que a partir de ahora tú serás el encargado de hacerlo. ■

**LUCAS FERNÁNDEZ**  
Periodista

## MERCADO DE BARCELÓ



El Mercado de Barceló, ubicado en el corazón de Madrid, en pleno distrito de Chamberí, no se caracteriza por una especial brillantez arquitectónica. Construido entre 1954 y 1956, ocupa parte del solar donde radicaba el antiguo hospicio de Madrid. Su estilo es funcional y un tanto sobrio, propio de la época y análogo al del vecino Grupo Escolar de Barceló.

Pero, por el contrario, el Mercado de Barceló brilla por sí solo, y con gran esplendor, por su gran actividad y animada vida comercial. El Mercado tiene una superficie total de 7.500 m<sup>2</sup>, repartidos en tres plantas, de los que 5.000 m<sup>2</sup> son superficie comercial neta y el resto, almacenes. En 1986, el Mercado, de propiedad municipal, se transformó oficialmente en Centro Comercial de Barrio y su gestión se realiza en régimen de concesión a la Asociación de Comerciantes del Mercado. En la actualidad, cuenta con 143 puestos, incluyendo más de 30 carnicerías, en torno a 20 fruterías, 15 pescaderías y una larga serie de otro tipo de establecimientos comerciales –tanto de alimentación como de otros productos– y de servicios.

